



AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana

ISSN: 1695-9752

informacion@aibr.org

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos
en Red

Organismo Internacional

Rodríguez Cuevas, Lydia

Ángeles Díaz Ojeda: "En cooperación al desarrollo debería exigirse que la gente tuviera un mínimo de conocimiento de antropología"

AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, núm. 41, mayo-junio, 2005, p. 0

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red

Madrid, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62304105>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en [redalyc.org](http://www.redalyc.org)

[redalyc.org](http://www.redalyc.org)

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

AIBR. Ed.ELECTRÓNICA	Nº 41	MADRID	MAYO – JUNIO 2005	ISSN 1578-9705
----------------------	-------	--------	-------------------	----------------



ÁNGELES DÍAZ OJEDA:

“EN COOPERACIÓN AL DESARROLLO DEBERÍA EXIGIRSE QUE LA GENTE TUVIERA UN MÍNIMO DE CONOCIMIENTO DE ANTROPOLOGÍA”

Entrevista: Lydia Rodríguez Cuevas

Ángeles Díaz Ojeda es actualmente Consejera Técnica de la Subdirección General de Cooperación con los Países de América del Sur de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI). Es responsable del Programa Indígena, que gestiona y coordina la cooperación española con los pueblos indígenas.

Ángeles Díaz se licenció en Sociología (especialidad en Antropología) a finales de los 70 y participó activamente en la implantación de los actuales departamentos de antropología y en la creación de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español (FAAEE).

Además, ha sido conservadora en el Museo Nacional de Antropología (España) y desde principios de los 90 es responsable de la cooperación española con diversos países africanos y latinoamericanos.

En esta entrevista Ángeles Díaz nos habla sobre el nacimiento de la FAAEE y sobre la institucionalización de la antropología en España, así como de la relación entre la antropología y la cooperación para el desarrollo.

Usted desempeñó una tarea fundamental durante el proceso de creación de la FAAEE. ¿Podría relatarnos cómo fueron los comienzos de la Federación?

La Federación comenzó a constituirse coincidiendo con el segundo congreso de antropología, a principios de los años 80, organizado por la entonces Asociación Madrileña de Antropología. Ahí se empezó a materializar la construcción de la Federación, ya que se entendía que la antropología no era una disciplina fuerte en España. Hay que decir que en aquellos momentos la antropología era una especialidad de la carrera de Sociología, y que había vías distintas para llegar a llamarse antropólogo o antropóloga. En ese segundo congreso se llegó a un entendimiento más o menos cordial, y se empezó a trabajar en los programas de formación, en los planes de las licenciaturas, etc. Con este proceso, los antropólogos que se habían formado fuera pero que habían regresado a España comenzaron a ver oportunidades para afianzarse profesionalmente.

Paralelamente, se intentó desde las asociaciones profesionales dar apoyo al desempeño de esa función y se empezó a buscar la utilidad de la antropología no sólo como formación académica. Se intentaba que la antropología dejase de ser solamente una actividad encaminada a “cultivar el espíritu” para que sus aplicaciones prácticas se implementaran más allá del ámbito universitario, es decir, para que dejase de ser una disciplina que se reproduce a sí misma a través de la universidad pero sin que tuviera ninguna aplicación práctica fuera de la academia. Se trataba de hacer ver que los profesionales de la antropología podían aportar algo al mundo en el que nos movemos, más allá de hablar de “la vida sexual de los salvajes”.

Organizar el tema de la Federación fue un trabajo muy complicado que no le deseo a nadie... Además, partíamos de la base de que éramos pobres, una base muy realista, tanto individual como colectivamente. Por ello no teníamos asesores jurídicos, y no hubo más remedio que, con la buena voluntad de unos y otros ir preparando los complicados papeleos para formalizar la Federación.

Las grandes reuniones de preparación de la FAAEE coincidían con los congresos, donde se aprovechaba para avanzar en los estatutos. En el segundo congreso de antropología, en las actas, ya se incluía un borrador de estatutos de la Federación. No obstante, también es cierto que la Federación se creó de una manera un tanto artificial, porque realmente había más cosas que nos separaban que las que nos unían. Lo único que se compartía por aquel entonces era el interés de afianzar la posición, y de buscar un campo de trabajo propio para los antropólogos. Por aquel entonces, había unos tres o cuatro catedráticos, y muchos más candidatos a profesionalizarse, estabilizarse y dejar de ser profesores numerarios. Eso unía, pero nada más, porque por la época no se vislumbraba una proyección profesional hacia otros ámbitos de trabajo que no fueran la universidad. La Federación nació como algo muy político, poco internalizado y poco compartido entre todos.

Usted vivió la época en que la antropología, recién implantada en España, comenzaba a afianzarse como disciplina y a “independizarse” de otras ciencias sociales, como la sociología. ¿Cómo se fundaron los primeros Departamentos?

Este proceso está asociado a la Reforma universitaria. Las leyes de Autonomía Universitaria (LAU), y de Reforma Universitaria (LRU) fueron fundamentales para que se afianzara la antropología y se constituyeran las cátedras. Cuando pasamos de la estructura de Facultades a la estructura de Departamentos universitarios por disciplinas cambió todo el panorama. Se consolidaron una serie de Departamentos en los distintos distritos universitarios, en los que, no sé si por escalafón, por antigüedad o por el número de publicaciones, había una especie de “orden lógico”, o más bien, asumido, en el que cada uno iba encontrando su puesto. Además en esa época se crean universidades nuevas, como la Pompeu Fabra y la Rovira Virgili. Este proceso configuró un panorama, unas expectativas de trabajo para unos antropólogos con un importante bagaje, que habían hecho sus doctorados en universidades extranjeras, que habían trabajado en precario como profesores no numerarios, que habían dado clase, realizado investigación y que tenían algunas publicaciones. En

principio casi se crearon más puestos o más cátedras que gente preparada para ello, o que pudieran hacer la oposición a profesor con, digamos, veinte publicaciones a sus espaldas.

En este momento hubo sus pugnas entre unos y otros, y todo esto estaba muy asociado al mundo de las relaciones personales y al equilibrio entre los centros de poder, aquí sí asociados a cómo funcionaban las ciencias sociales en Cataluña, en Andalucía, en Madrid, en Salamanca...

Creo que ahora, en la actualidad, comienza a haber una presión demográfica de la segunda generación de antropólogos, pero al mismo tiempo se están empezando a abrir las oportunidades de trabajo, puesto que para los profesionales que se forman en antropología, su destino ahora no es sólo ser profesor. Es más, creo que muchos prefieren no serlo, prefiriendo hacer trabajo de campo e investigación, o trabajar en Cooperación, que es otra de las aficiones recién descubiertas de la antropología.

¿Existían unas “reglas no escritas” de acceso a los puestos universitarios, que estuvieron presentes en la formación de la antropología en España? ¿Considera que hay endogamia académica en nuestra disciplina y cuales son sus consecuencias?

Por supuesto que existían tales reglas, y lamentablemente en algunos sitios siguen existiendo, aunque también considero que esto no es específico de la antropología, sino de la universidad española en general. La universidad española se caracteriza por su fuerte endogamia, y por su mecanismo de incorporación al circuito: una persona que quiera entrar a formar parte del mundo académico empieza por ser alumno aventajado, luego colaborador “porque sí”, luego si su tutor está haciendo una investigación, la persona generalmente trabaja gratis para conseguir hacerle las quinientas entrevistas... Al menos, esto era así en mi época. Era lamentable, pero era así. Ahora estoy un poco desconectada de lo que ocurre en el mundo académico, pero creo que esta situación sigue perpetuándose en algunos departamentos, aunque quizás no tanto como antes. En mi opinión hay que hacer que esto cambie, y haciendo que las expectativas de la gente que se está formando en estas disciplinas ya no sean sólo trabajar en la universidad. Es más, preferentemente deben ser otros espacios de trabajo. Para eso las asociaciones profesionales pueden jugar ahí un buen papel, insistiendo en que hay otros mundos, otros espacios, y que preferentemente hay que dedicarse a esos espacios.



¿Hasta qué punto es necesario tener una formación básica en antropología para trabajar en Cooperación al Desarrollo?

La mayoría de los antropólogos que yo puedo citar, o personas que tienen estudios de antropología y que trabajan aquí en la Agencia, probablemente han venido a la Agencia en buena parte movidos por sus conocimientos de antropología y pensando que aquello sí iba a tener alguna relación. Podemos decir que, desde la perspectiva del que tiene formación en antropología, se crean unas expectativas con respecto a lo que puede ofrecer la cooperación internacional para el desarrollo de actividades relacionadas con la antropología. Pero el proceso no funciona a la inversa: desde el organismo, en su proceso de reclutamiento de personal, nunca he visto que se necesitara tener la especialidad en antropología en ninguna convocatoria de concurso, ni de libre designación, ni en comisiones de servicio. Si me preguntas si es importante tener conocimientos de antropología para trabajar en cooperación al desarrollo, te diré que absolutamente. Y te diré que en cooperación al desarrollo debería exigirse que la gente tuviera un mínimo de conocimiento de antropología, porque si no es imposible que puedan hacer bien su trabajo de cooperación para el desarrollo. Por ejemplo, en toda Iberoamérica, la mejor manera de aproximarse a las realidades de las poblaciones indígenas es teniendo unos conocimientos básicos de antropología.

Desde la Antropología del Desarrollo se han hecho duras críticas a la manera de promover el desarrollo por parte de las Agencias de Cooperación. ¿Qué malentendidos hay entre la Antropología del Desarrollo y la Cooperación para el Desarrollo?

Pienso que los rechazos de ámbitos disciplinares que actúan sobre una misma realidad (pues el objeto de nuestro deseo, tanto de los antropólogos como de los expertos en Cooperación, debería ser el mismo), ocurren porque ambos ámbitos funcionan a partir de clichés, de estereotipos. Creo que esto tiene más que ver con las inseguridades y los temores de cada uno al interior de su propio grupo, al tiempo que en relación con la actividad que desarrollan.

Los antropólogos lo primero que introducen son duras críticas a la manera de hacer desarrollo de las agencias de desarrollo. Las introducen con razón, pues la teoría va por un lado, pero la práctica es otra. Quizás la principal crítica de los antropólogos es que, si partimos de la base de que vamos a hacer un programa de desarrollo con metodología participativa, lo importante es que los beneficiarios asuman el proyecto como propio. Para hacer esto, es imprescindible que se identifique el objetivo del proyecto y trabajar a partir de las necesidades sentidas por la propia población, sin trasladar fórmulas preestablecidas. La manera típica de trabajar de los antropólogos sería ir a la comunidad, analizar, estudiar, recoger lo que las personas plantean y a lo sumo hacer de traductor entre opciones de mundos distintos. Estas opciones se pueden poner en comunicación, y esta es la parte más difícil de hacer para los desarrollistas. Creo que se podría establecer una relación provechosa para ambos (el antropólogo y el desarrollista). Por su parte, el financiador pondría el dinero, pero también aprendería mucho.

Por su parte, los expertos en cooperación para el desarrollo también mantienen sus fórmulas establecidas, sus clichés, su teoría, y su práctica, que no es perfecta. Los antropólogos eso lo perciben perfectamente, pero los del mundo de la cooperación se defienden diciendo que hacer lo que proponen los antropólogos, y utilizar su metodología, sería carísimo, aunque esto no sea necesariamente cierto.



¿Qué sesgos existen en la Cooperación, desde una perspectiva antropológica? ¿Qué es lo que falla en los proyectos para el desarrollo? ¿Qué podemos aportar los antropólogos a la Cooperación al Desarrollo?

En primer lugar, los llamados “expertos en cooperación para el desarrollo”, consagrados normalmente desde el mundo de la economía, también defienden sus parcelas de poder. Ellos han conseguido ser “expertos”, y también éste es un mundo muy cerrado, por lo que no van a admitir que vengan y les enmienden la plana los antropólogos que “no saben nada de las reglas del mercado internacional”. Sin embargo, cada vez más estos expertos están siendo obligados a ir cumpliendo con lo que en la formulación teórica se dice en aspectos tales como la participación de los beneficiarios en la formulación e implementación, en cuestiones ligadas al co-desarrollo, etc.

En los proyectos de desarrollo falla mucho más que la formulación del proyecto, falla la descripción de la situación de partida (la identificación), y el conocimiento del grupo con el que se va a trabajar. Al final sólo se hacen fotos fijas muy simples de cuáles son las condiciones socioeconómicas y culturales de estos colectivos. La cooperación internacional para el desarrollo todavía es muy deudora, y viene pagándolo caro, del enfoque economicista, pues los primeros que ponen en marcha la cooperación para el desarrollo tienen una formación y aplican un enfoque desde la economía, y desde la economía no tan micro, sino más bien macro.

También operan desde los estereotipos de lo que es el desarrollo, de lo que es el bienestar, de lo que es vivir dignamente, de no ser pobre, etc. Paulatinamente se está desplazando este enfoque economicista y empezamos a ver que no todo es dinero. Si todo fuera dinero, ¿por qué fracasan estos proyectos? Cada vez se emplean más recursos y cada vez hay más problemas, la brecha social se abre más, por lo que hay que plantearse que nos estamos equivocando en algo. Es necesario darle la vuelta al calcetín, y para los expertos, en ese sentido, los antropólogos son un “peligro”, porque están haciendo ya evidente e insistiendo en la necesidad de partir de un conocimiento más fiable de la realidad. La mejor aportación de los antropólogos es hacer ver que en el mundo del desarrollo nos quedamos demasiado en la visión eurocéntrica, en los estereotipos del mundo occidental, y que

somos tan prepotentes que lógicamente hacemos desarrollo enseñándoles a los otros cómo tienen que vivir. Y eso, tristemente, es otro tipo de conquista.

¿Cómo se puede superar este divorcio entre teoría y práctica, en el que parece que la antropología se ha ido del lado de la teoría, y la cooperación del de la práctica?

Con grandes dosis de humildad por parte de todos. Yo creo que hay que ser muy crítico con lo que uno hace, estar dispuesto a aceptar que hay otros que opinan de otra manera, y que hay seguramente otras formas de hacer las cosas. Hay que ser crítico, responsable, y también valiente, y no aferrarse a la repetición de las mismas cosas, sino tener un criterio amplio para poder incorporar otros enfoques. Con respecto a los que trabajamos en cooperación para el desarrollo, debemos pensar que cuando cooperamos para el desarrollo de otros, lo que tiene que primar es lo que decidan los otros para su desarrollo. Para esto tenemos que ser conscientes de que poco a poco se tendrán que ir incorporando antropólogos, personas preparadas para poder trabajar con elementos de juicio mucho más sólidos y que respondan mejor a aquello que decimos que queremos hacer. Por parte de la Cooperación, el divorcio se superaría con autocrítica y con responsabilidad hacia lo que uno hace.

Ahora bien, por parte de la antropología también hay otros problemas. Considero que los antropólogos tampoco saben colocarse como producto en el mercado. Claro que para hacer la formulación de algunos proyectos de cooperación, el mejor especialista sería un antropólogo, pero tristemente nadie piensa en ellos. El antropólogo es quien está mejor preparado para hacer la evaluación de la ejecución de determinados proyectos, de mostrar los puntos de partida, el camino recorrido con el proyecto y mostrar cómo ha repercutido eso en la nueva situación. Esto es más bien trabajo de antropólogo que de sociólogo, pues el sociólogo utiliza una serie de reglas que obvia los detalles más cualitativos que dan calidad al proyecto. Se me ocurren muchísimas cosas en las que pueden aportar algo los antropólogos. El problema es cómo ponernos en este mercado. Esto se hace viendo cómo está configurado este organismo y sus responsabilidades, familiarizándose con la metodología de evaluación, etc. Probablemente aquí en la Agencia, el equipo directivo, los que deciden a quién hay que contratar para qué cosas, no saben qué puede hacer un antropólogo. Hay muchas situaciones que se dan por puro desconocimiento, pero ahí es donde tienen que incidir las nuevas generaciones de antropólogos.

¿La AECl como institución tiene esta voluntad de abrirse a emplear antropólogos con algún proyecto concreto en el futuro?

Desafortunadamente, la AECl está ahora en una crisis de identidad muy grande, y tiene sin resolver cosas mucho más elementales que eso, como por ejemplo, cuál debe ser su estructura de personal. Estamos en proceso de redefinición de cómo está configurada la Agencia, cuántas unidades administrativas tienen que componer este organismo, qué distribución del trabajo tiene que haber, qué dotación de efectivos, qué remuneración tienen que tener los trabajadores, si tienen que ser funcionarios o contratados, si transformamos esto en una agencia de otra naturaleza, en vez de lo que

es ahora, un organismo autónomo de la administración del Estado, cómo se configuran los servicios centrales y las unidades en el exterior... En fin, tiene grandes cosas sin resolver, y ahora la situación es insostenible. En los últimos años ha habido un crecimiento de gestión de recursos constante, ha ido aumentando el presupuesto destinado a la cooperación internacional, mientras los efectivos de la agencia eran los mismos, y sin posibilidad de aumentar. Ahora se supone que ha habido un aumento presupuestario también para crear puestos de trabajo.

En otras palabras, tenemos que resolver muchas situaciones delicadas, que fueron soluciones que se adoptaron coyunturalmente para problemas que se planteaban en un determinado momento pero que se han perpetuado en el tiempo. Estos problemas dieron como resultado una estructura absolutamente inestable y con un cúmulo de expertos que hemos profesionalizado nosotros, pero que el organismo no puede aprovechar, porque si reciben una oferta de un organismo internacional o a cualquier otra cooperación, se marcharán lógicamente a otro puesto donde vayan a tener una estabilidad en el empleo garantizada. Lamentablemente estamos en esta coyuntura. Por eso, el empleo de antropólogos, aunque muy necesario para la AECl, de momento está supeditado a que resolvamos una serie de problemas internos más urgentes.